

«Este miserable pan»

Números 21:5; 11:6

Edward DENNETT

biblicom.org

Se ha observado a menudo que el estallido de cánticos que se escapó del Israel redimido a orillas del mar Rojo apenas se extinguió cuando empezaron a murmurar contra Moisés, diciendo: «¿Qué hemos de beber?» (Éx. 15:24) Aunque habían sido esclavos bajo el yugo de hierro de Faraón, no estaban preparados para las privaciones del desierto; en consecuencia, sus corazones estaban llenos de rebeldía y sus labios de murmuraciones.

Tres elementos constituían la amargura de su vida cotidiana, todos ellos muy instructivos para nosotros. En primer lugar, no había «pan ni agua» (Núm. 21:5; Éx. 15 y 16); en segundo lugar, odiaban y se cansaban del pan que Dios les había proporcionado, diciendo: «Nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos» (Núm. 11:6); y, en tercer lugar, anhelaban la comida de Egipto, «pescado... los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos» (Núm. 11:5; Éx. 16:3).

Todo esto se les hizo tan insoportable que confesaron repetidamente que habrían preferido quedarse en Egipto. «Y estas cosas les acontecieron como ejemplos, y fueron escritas para advertirnos a nosotros, para quienes el fin de los siglos ha llegado» (1 Cor. 10:11).

Lo primero que les preocupó fue que no encontraron pan ni agua en el desierto. Como dice el salmista, encontraron «tierra seca y árida donde no hay aguas» (Sal. 63:1). Habiendo salido de Egipto –tipo del mundo, de la naturaleza, del hombre en su condición natural– habían perdido su alimento habitual; y el desierto en el que habían entrado estaba desprovisto de todos los manantiales de los que habían extraído hasta entonces, así como aquellas de las cuales ahora tenían que extraer para su vida y sustento. Habían perdido su antigua vida para siempre (en figura) en el mar Rojo, la vida que Egipto había alimentado y sostenido; y ahora poseían una nueva, cuyas fuentes estaban muy alejadas de la escena por la que estaban pasando.

Lo mismo ocurre ahora con el creyente. Para la vida nueva que posee en Cristo resucitado, no hay ni pan ni agua en el desierto. Hubo un tiempo, antes de que fuera encontrado por la gracia de Dios, y sacado de las tinieblas a su luz maravillosa, cuando todas las fuentes de su vida estaban en el mundo; pero ahora el mundo se ha convertido para él en “un vasto desierto”, y al mirarlo, debe aprender que este no le puede ofrecer nada para estimularlo o refrescarlo en su camino de peregrino. No siendo del mundo, como Cristo no era del mundo, habiendo muerto con Cristo a este mundo, y resucitado con él fuera del mundo, ¿cómo podría encontrar allí su alimento apropiado, o saciar su sed en sus contaminados arroyos?

Estas verdades nos son familiares, son palabras conocidas por todos; pero debemos

interrogar continuamente nuestros corazones sobre su aceptación práctica. Entonces, ¿actuamos habitualmente recordando que, aparte de las pocas y simples necesidades de nuestros cuerpos, la escena en la que somos extranjeros, no contiene nada para nosotros, nada que nos ayude o vigorice, sino que, por el contrario, todo en él está calculado para marchitar y matar la vida que tenemos en Cristo Jesús?

Es de la mayor importancia, especialmente para los jóvenes creyentes cuyos pies acaban de entrar en la arena del desierto, tener presente continuamente que no hay pan ni agua que encontrar para nuestras almas en el desierto; porque pertenecemos a otra escena. Cristo mismo, a la diestra de Dios, es nuestra vida (Col. 3:3), y es de ahí, y solo de ahí, que podemos obtener nuestro alimento y nuestra fuerza. “Todas nuestras fuentes” están en Cristo resucitado y glorificado. Solo con él está la fuente de la vida. El creyente que camina por el mundo en el poder de esta verdad, sin esperar nada del mundo, nada más que asechanzas y peligros, se mantendrá en la independencia de él; tendrá conciencia de una vida que no tiene afinidad con todo lo que le rodea, y mostrará una vida, alimentada desde lo alto, que, brillando como una luz en las tinieblas morales de esta escena, será un testimonio para Cristo, un testimonio de la gracia, y también, ¡por desgracia! del juicio venidero.

La segunda cosa que afligió a estos pobres peregrinos, fue que se cansaron de la comida que Dios les había proporcionado. Fue en respuesta a sus murmuraciones (pues aún estaban bajo la gracia, pues no habían llegado al Sinaí) que Dios, en su ternura y misericordia, les dio el maná. «Y toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto; y les decían los hijos de Israel: Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos; pues nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud» (Éx. 16:2-3). Tal conducta merecía ser juzgada; pero Jehová actuó con gracia, y por eso dijo a Moisés: «He aquí yo os haré llover pan del cielo» (v. 4). Lo hizo día tras día durante 40 años, hasta el cruce del Jordán (Josué 5). El maná era el alimento de Israel, un alimento adecuado para el desierto, y fue de él de lo que se cansaron, hasta que se atrevieron a decir: «Nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano» (Núm. 21:5). Ahora bien, el maná, como saben nuestros lectores, es un tipo de Cristo, de un Cristo humillado, de todo lo que Cristo era en su ternura, su gracia, su simpatía, al pasar por esta escena; de todo lo que él es, por lo tanto, para nosotros en las circunstancias del desierto, como extranjeros y peregrinos. Cristo, pues, en este carácter, es nuestro único alimento (véase Juan 6), el único alimento que puede sostenernos y fortalecernos; Cristo, hay que notarlo bien, bajo todos los aspectos en los que nos

está presentado en la Palabra de Dios. Necesitamos todo lo que él es, tal como Dios nos lo ha dado; no necesitamos nada fuera de él, nada más que a él mismo; puesto que él mismo nuestra vida, solo él puede sostenerla.

¿Cómo es posible, entonces, que el creyente se canse de ella? Tenemos dos naturalezas, la vieja y la nueva, y estas «se oponen opuestas entre sí» (Gál. 5:17). Por tanto, si no andamos según el Espíritu (véase Gál. 5), la carne hará valer sus deseos, y la carne nunca ama a Cristo; porque la mente de la carne es enemistad contra Dios (Rom. 8). Es la carne, por tanto, la que se cansa de Cristo, la que, deseando su propio alimento, crea en nosotros un disgusto, una aversión al maná celestial. Pero la carne es sutil, y cuando lo hace en el creyente, generalmente le gusta ocultar su verdadero carácter. Pero la carne es carne, cualesquiera que sean las formas en que se exprese; y así como Satanás sabe transformarse en ángel de luz, la carne sabe adoptar las formas más piadosas. Por tanto, debemos estar en guardia, no sea que caigamos también nosotros en el grave pecado de odiar «este pan tan liviano».

Las marcas de esta tendencia suelen aparecer donde menos lo esperamos. Por ejemplo, si preferimos un ministerio que apela al intelecto más que al corazón y a la conciencia; si damos la bienvenida a la exposición de principios interesantes, en los que el hombre natural puede incluso deleitarse, más que a una simple presentación de Cristo mismo; si no soportamos la sana doctrina que nos cansa, y si, según nuestros propios deseos, nos amontonamos maestros según nuestras propias codicias, teniendo comezón de oír; si acudimos a los libros que tratan de problemas espirituales o proféticos (aunque estos tengan su lugar) en vez de a los que exponen las excelencias y gracias de Cristo; si buscamos la compañía de aquellos que solo pueden divertirse natural o socialmente, en lugar de la compañía de aquellos con quienes podríamos tener una verdadera comunión espiritual, aquellos con quienes solo Cristo sería el vínculo; si perdemos nuestro apetito por las Escrituras, y, podemos añadir, si perdemos el sentimiento de nuestro carácter de peregrino, y gradualmente nos acomodamos al disfrute de las cosas circundantes –entonces hay razón para temer que nos cansemos de «este pan tan liviano». Pero la prueba puede ser positiva. Preguntémonos con valentía si estamos verdaderamente satisfechos con Cristo, plenamente satisfechos con él como nuestro alimento diario. Hagámonos esta pregunta en nuestros hogares, en nuestra vida cotidiana y social, en nuestro tiempo de ocio, cuando escuchamos el ministerio, cuando estamos reunidos en la asamblea de los santos. Una cosa es cantar:

*“Jesús, nunca nos cansaremos de Ti;
El alimento nuevo y vivo
Puede satisfacer el deseo de nuestro corazón;
Y la vida está en tu sangre”.*

Y otra cosa es, en concreto, saberlo y vivirlo. Que el Señor nos guarde del grave pecado de perder el apetito por Él.

Además de esto, en el caso de los israelitas, había un intenso deseo por las cosas de Egipto. ¿Cuántas veces recordaron con nostalgia las ollas de carne, el pescado, los puerros, los melones y los pepinos de Egipto? Las dos cosas siempre van juntas. La pérdida del apetito por Cristo es a veces la consecuencia de la indulgencia en los placeres que vienen de Egipto, y a veces la causa del deseo de tales placeres. Pero preguntémosnos claramente qué significa esto. Desear la comida de Egipto, entonces, es para el creyente buscar los mismos placeres, las mismas diversiones, las mismas fuentes de disfrute que el hombre del mundo. El hombre natural tiene su alimento adaptado, en el que se esfuerza por encontrar su vida, como el cristiano tiene el suyo propio. Si el creyente se aparta de Cristo para ir hacia lo que alimenta al hombre del mundo, se encuentra exactamente en el mismo caso que los israelitas. Así, si el cristiano mira con deseo sincero las diversiones y los goces sociales del mundo; si se deleita en los temas de orgullo del mundo –la pintura, la escultura, la arquitectura, la grandeza nacional; en sus líderes en ciencia, filosofía, literatura y arte; si se interesa por la política y los conflictos partidistas; si alimenta su mente con los libros del mundo; si frecuenta la sociedad mundana, si busca las modas, las distinciones, los lujos y los modales del mundo; si cultiva los hábitos y las maneras del mundo; si, en resumen, se dirige a cualquiera de los muchos manantiales de la tierra, a cualquiera de sus fuentes de goce, orgullo, placer o exaltación, está de hecho añorando las ollas de carne de Egipto.

Entonces, ¿qué tenemos que decir a estas cosas? ¿Estamos nosotros –usted, querido lector– en este caso? No hay espectáculo más triste que el que presentan algunos que una vez supieron lo que era alimentarse de Cristo, y encontrarlo todo en él, pero que ahora han dado media vuelta y regresan a las mismas cosas que gustosamente rechazaron y desecharon a causa de él. Han corrido bien, pero han sido detenidos por la codicia de la carne, los deseos de los ojos o el orgullo de la vida. Todo lo que no es Cristo, y de Cristo, es Egipto, y de Egipto. Por lo tanto, necesitamos ser atraídos, poseídos y absorbidos por Cristo hasta el punto de tener todas nuestras necesidades satisfechas en él. Es el antídoto eficaz contra la fascinación y el atractivo que pueda

presentar Egipto.

*“¿Has sido privado de los placeres de Egipto?
Guardarás a Dios en secreto;
Allí se muestran sus tesoros ocultos,
Ahí, la profundidad de su amor sin límites”.*